

UMBRAL.

SE RENUEVA LA ESPERANZA.

Pbro. Dr. Manuel Olimón Nolasco.

Escribo todavía con la sorpresa del resultado de la elección del nuevo Pontífice. Sorpresa compartida por muchos: un Papa que llega a la sede romana desde América Latina; un Papa --el primero en casi cinco siglos-- que pertenece a la Compañía de Jesús (jesuitas); un Papa que asume el nombre de Francisco, el santo de Asís, nombre que tanto expresa.

Escribo todavía sin escuchar su primera homilía, programática sin duda pero sobre todo palabras desde la tarea propia del Santo Padre encomendada por Jesús a Pedro: “confirma en la fe a tus hermanos.”

Escribo, sin embargo, con una esperanza lineal y tranquila, a partir de los signos que han manifestado en poco tiempo el alma sencilla y honesta del Papa Francisco: él pidió la oración y la bendición al pueblo reunido en la plaza de San Pedro antes de orar él y bendecirlo como primicia del mundo entero, realizó como primer acto público el rezo tranquilo y la ofrenda de flores a la Virgen María en la imagen más querida del pueblo de Roma: “Salus populi romani” (La salud del pueblo romano).

Escribo meditando sus palabras a los cardenales reunidos después de su elección sobre la sabiduría que sólo se obtiene en la vejez, etapa poco apreciada en una cultura dominada por el instante, el destello y el vértigo. Dijo en referencia a su edad y a la de la mayoría de sus electores: “La vejez es la sede de la sabiduría de la vida. Como el buen vino que con los años se vuelve mejor, demos a los jóvenes la sabiduría de la vida.”

Todos estos son signos de salud, de humanismo, de devoción y amor paternal, no de poder o de orgullo.

Por ello, el ambiente ideal para la acogida alegre y esperanzada del nuevo sucesor de Pedro es el de la apertura a las bendiciones divinas y la oración confiada en el consuelo que otorga la acción del Espíritu Santo.

Este ambiente está presente en las comunidades del pueblo de Dios alrededor del mundo. Las que rezaron con intensidad por la llegada de un pastor según el corazón de Cristo en América, en Europa, en África, en el Medio Oriente y casi en silencio en el corazón de China. Es a esta oración y a la de muchos hermanos no cristianos a la que

respondió la elección. Por ello el mensaje que en estos días más me ha impactado es el que recibí del buen amigo Marcelo Rittner, rabino de la comunidad judía Bet-El (La casa de Dios) de la ciudad de México: “Rezo para que el Dios de nuestros padres, el Dios de la humanidad, bendiga al Pastor Francisco y que de su humildad y de su sensibilidad por los pobres y necesitados surja una bendición para toda la humanidad. Lo pedimos quienes hemos recibido el título de ‘hermanos mayores’ por los católicos.”

Por todo ello, son lamentables las interpretaciones amargas y parciales de algunos que son considerados expertos “vaticanólogos” como Bernardo Barranco, quien en el periódico “La Jornada” del 12 y 14 de marzo ejerció inútilmente su erudición para presentar escenarios sobre los “grupos de presión” que se movían para la elección papal y enumerar a los “papables” más seguros (no mencionó al cardenal Bergoglio) y destiló negatividad para exponer supuestos como verdades y descalificar al Papa Francisco. Ante la audacia irresponsable de los “vaticanólogos” se me ocurre preguntar: ¿Por qué no serán ellos quienes elijan al Papa?

La lectura sociológica y política del ejercicio pontificio no puede comprender la misión del obispo de Roma. El rechazo a la autoridad de un padre, causante de tantas carencias afectivas en nuestros tiempos está en su base. Con razón el Padre Lombardi, vocero de la Santa Sede recalcó sobre el ruido contra el elegido: “No ha habido nunca una acusación concreta ni creíble sobre su persona...Es conocido más bien el papel desempeñado para promover la petición de perdón por parte de la Iglesia en Argentina por no haber hecho bastante en la época de la dictadura.”

Con esperanza renovada aceptamos sin restricciones la guía de Francisco. Él expresó diáfananamente: “No cedamos nunca al pesimismo, a la amargura, que el diablo nos propone cada día. No cedamos al desaliento.”

Me da confianza especial su formación jesuita. San Ignacio dejó claros varios criterios orientadores: la visión de lo concreto desde la mirada universal, la percepción de la huella de Dios en todo lo humano y el discernimiento de los espíritus en las acciones humanas, pues el mal y el bien son actos de la libertad y no del ambiente. Y sobre todo, la línea de la entrega apostólica: *en todo amar y servir*.

Ese amor y ese servicio esperamos de quien ha sido elegido por el Espíritu Santo.